



Sergi Pàmies



La gravedad

Màrius Serra acaba de publicar un libro importante: *Quiet* (Empúries). Sobre la esencia estática de este adjetivo, narra las vivencias de su hijo Lluís, condenado a una encefalopatía con un 85% de incapacidad, una inmovilidad que contrasta con el dinamismo de sus padres, que no dejan de buscar un diagnóstico que nunca llega. El relato es un ejemplo de precisión y compromiso, con personajes verosímiles, de los que se nos cuentan debilidades, dependencias, grandezas y desamparos. Alrededor de la figura epicéntrica de Lluís (sacudido por incesantes crisis epilépticas, habitual de los servicios de urgencias, atendido por su familia y un ejército de colaboradores entre los que destacan los de las fundaciones Nexe y Guimbarde, ajeno a las supersticiones de quienes intentan encontrar respuestas a un silencio que multiplica las preguntas), Serra relata, con la misma entereza que ya asomaba en *De com s'escriu una novel·la*, los mecanismos del dolor y la rabia aplicados a la dedicación y sus decepciones. Es un dolor que se derrama cuando Serra acude al entierro de Clara, la hija de Oriol Izquierdo, con quien ha compartido el reto de haber sabido elegir, pese a la monstruosidad del calendario, entre las prioridades impuestas y las promesas vocacionales.

Iniciado a partir de recuerdos recopilados en forma de letanía acumulativa –a la manera del *Je me souviens* de su admirado Perec–, esclavo de una falta de diagnóstico oficial que fo-

En 'Quiet', Màrius Serra hace una interpretación valiente, ejemplar y comprometida de las leyes de la gravedad

menta la tentación de atajos oficiosos, con una energía titánica para superar obstáculos y construir un simulacro de normalidad (la familia Serra no renuncia a nada y viaja por todo el mundo, superando la multitud globalizada de putas destinadas a sabotear la vida de los más vulnerables), compaginando la dedicación a su hijo con su trabajo (el encuentro con Kenzaburo Oé, otro maestro a la hora de transformar el dolor por el hijo enfermo en una oportunidad vital), el libro culmina con una performance literaria y visual que no les cuento para que no dejen de disfrutar de la inapelable fuerza simbólica de su desenlace.

Es la prueba de que ese diálogo aparentemente estéril entre padre verbívoro e hijo silencioso, basado en una metodología en la que puede parecer que el jugador de frontón insiste en lanzar pelotas que le son implacablemente devueltas, logra, gracias a una demoledora y ejemplar interpretación de las leyes de la gravedad, escribir una crónica de la que no diré que nadie debería perderse porque sonaría a cliché mercadotécnico. Una crónica que, atreviéndose con el difícil género del testimonio doloroso, encuentra el equilibrio entre lo emocional y lo racional, lo imaginativo y lo terrenal, sin caer en los riesgos, legítimos pero viscosos, de la compasión exhibicionista.